



Guerrilleros sandinistas en Matagalpa, donde tras el desalojo por la Guardia Nacional, los partidarios militares y civiles de Somoza están llevando a cabo una feroz represión.

LA GUERRA DE SOMOZA

EDUARDO HARO TECLEN

SOMOZA ha elegido la guerra. La semana pasada todo estaba a punto de que saliera del país, hasta un permiso parlamentario —la fórmula democrática que autoriza los viajes de los Jefes de Estado— para no perder la cara. Debe haber buen dinero en los Bancos extranjeros, y la zona española de Marbella es un paraiso, todavía, para los grandes dictadores derrocados. Hubiera sido una modalidad más de la conversión del continente latinoamericano en una serie de democracias "a la venezolana", como se dice, o de socialdemocracias. Se trata, por parte de Washington, de equilibrar los cambios para que no lleguen demasiado lejos; para que ningún país se convierta en otra Cuba. Explosiones controladas, revoluciones controladas: bastante más acá, política y socialmente, de lo que suponen los combatientes de doce a veinte años que han sostenido Matagal-

pa, que combaten en Managua, pero lo suficiente para alliviar del país el peso de una larga y sangrienta dinastía depredadora.

Pero Somoza ha elegido la guerra. No está descartado que al final —cuando considere que ha llegado el final: puede ser hoy mismo o dentro de un mes— agarre un avión y se vaya. Quizá ahora sólo esté ganando tiempo para dar lugar a otras salidas, personales y materiales. O espera un último milagro. La guerra tiene sus consignas verbales muy sabidas: el Gobierno de Estados Unidos "está actualmente en manos de izquierdistas y comunistas". La campaña contra Nicaragua "está dirigida por los Estados Unidos y por Rusia". Palabras que no son sólo para justificar su defensa, sino para llamar junto a sí a los caballeros cruzados del mundo, para agrupar desde el sentimiento tradicional y lógico de Latinoamérica frente a Estados Unidos, sino también a los

anticomunistas del mundo, y a los que se agarran con uñas y dientes al poder revestido de anticomunismo, de antimarxismo: a los Videla, a los Pinochet. No hay lógica. Pero, ¿quién va a pedir lógica a los Somoza, a los dictadores, a los desesperados? Hay también palabras contra Venezuela. Como en Nicaragua no sólo es el pueblo quien toma las armas, sino que los empresarios abandonan al poder que ven consumirse, denuncia que estos empresarios están financiados por Venezuela. Hay también una posibilidad de movilización contra Venezuela, un país envidiado por la riqueza de su petróleo, un país que inquieta por sus posibilidades de hegemonía. Muchos ven en Venezuela el nuevo Brasil: si de Brasil irradiaban doctrinas, armas y dinero para promover y sufragar las dictaduras, de Venezuela pueden estar saliendo también fuerzas para instaurar las socialdemocracias. O los "neopo-

populismos". No se puede hablar de socialdemocracia en Nicaragua como se puede hablar de ella en Suecia. Hay otro contexto de miseria y de necesidad y de viejas vindicaciones de justicia popular. Un socialista francés, Gilles Martinet —en otros tiempos creador de la "nouvelle gauche"; uno de los fundadores del "Observateur", hoy "Nouvel Observateur"— llega de América y explica así el populismo: "Al mismo tiempo revolucionario y reformista, antilperialista, pero cuidando de no enfrentarse con la política de Washington: este es el nuevo aspecto del populismo". "Para preservarse de un regreso por la fuerza del ejército, pero también contra la injerencia demasiado grande de los Estados Unidos, el populismo latinoamericano se vuelve hacia los partidos socialistas europeos, japoneses, africanos. Washington no puede, abiertamente, oponerse a esta garantía. Lo que le interesa, evidente-

mente, es saber si una gestión política de este tipo tendrá o no incidencias económicas. Por el momento, las cosas no cambian. Salvo que las oposiciones democráticas y revolucionarias recuperen en todas partes confianza en ellas mismas. Cuando sienten la posibilidad de una alternativa de la situación, se muestran más audaces y combativas". Los sandinistas son, en efecto, un frente común, una mezcla de revolucionarios y burgueses (1). Plutarco Hernández decía el mes pasado: "La huida de la familia Somoza, que controla el 85 por 100 de la producción del país, creará un caos inevitable: para contenerlo será precisa la unión de personas de todas clases sociales opuestas al somocismo". Estaba queriendo decir a sus militantes radicales que no esperasen una ruptura inmediata con el sistema de propiedad, industrial o agrícola: ni incautaciones, ni reforma agraria revolucionaria. Desde hace más de diez años, una rama del Frente Sandinista trabaja activamente en aliar-

de los beneficios, darle todos los permisos y todas las posibilidades de seguir trabajando.

Lo cual no quiere decir que no haya en Nicaragua una amplia casta, militar y civil, perfectamente somocista. No hay dictador que no sepa que necesita cómplices, que no sepa que necesita crear en torno suyo, como una defensa segura y firme, un grupo de comprometidos, de compromisos que van desde el crimen a la riqueza, que crean que sus vidas y haciendas están enteramente ligadas a la perpetuación de la dictadura. Son personas que pueden abandonar en una hora al dictador si están seguras de que su cambio va a ser respetado por el nuevo poder, pero en las que suele prevalecer el miedo. Con estas personas, que tienen todavía las armas y el dinero, Somoza está organizando su defensa. No está solo. Sabe que en Washington hay un grupo de presión, un "lobby", que le sostiene frente a Carter: el mismo que sostiene a Pinochet, a Videla y a los exiliados cubanos. Un "lobby"

mo por delegación. El experimento de Carter les parece peligroso. Les pareció peligroso el experimento de Kennedy y lo mataron. El experimento de Carter tiene la misma filosofía política: las dictaduras conducirán, tarde o temprano, a la revolución y a la creación de nuevas Cubas, y los Estados Unidos quizá ya no puedan derrocarlas por las armas; de forma que es mejor unos regímenes de democracias controladas, que permitan una explotación quizá menor en un principio, pero mayor en cuanto aumenten los niveles de producción, y sin riesgo de revoluciones en cuanto algunos de los beneficios se repartan entre el pueblo. Si se profundiza en el caso, se verá que la bifurcación de opciones está casi en la misma fundación de los Estados Unidos, por lo menos en la guerra de Secesión. El Norte entendía que el Sur mantenía una economía feudal y primitiva, y que reconvirtiendo el trabajo esclavista en un trabajo remunerado e introduciendo nuevas formas de explotación se obtendrían mejores resultados. La guerra civil que ganó el Norte demostró que, en este aspecto, tenía razón, y que la explotación del hombre hay que conducirla por sistemas que le den al explotado la sensación de que su trabajo y su consumo son libres, y que deciden por sí mismos.

Con estos "lobbies" que desconflan del sistema y que creen rotundamente en que la superioridad de los Estados Unidos está en la fuerza, y renunciar a emplearla es un suicidio, cuenta Somoza. Cuenta, o cree contar, con los otros dictadores que están en el mismo tobogán. Y elige la guerra.

La guerra pasa por la represión. La que está llevando a cabo en Matagalpa, después de haber conseguido que la Guardia Nacional desaloje a los guerrilleros, es intensa, según las noticias, y colaboran en ella los civiles somocistas, la extrema derecha del país: los que entendían que sus vidas y haciendas estaban amenazadas por "los rojos". Hay familias enteras asesinadas o detenidas, hay ejecuciones sumarias. En la capital, Managua, ha empezado una ola de detenciones. La careta de los derechos humanos ha desaparecido, y surgen las acusaciones de comunismo contra Carter. Todo lo cual puede ahogar la situación, ciertamente, pero puede,

también, atizarla, lanzar también a una lucha de vida o muerte a personas que se sienten amenazadas. Lo que pretende Somoza, sobre todo, es ahogar por el terror una simpatía considerable que hay en el país por los guerrilleros, por los sandinistas. El propio Somoza reconoció, después del asalto al Palacio Nacional, que los guerrilleros con los que pactó salieron del edificio y luego del país entre las aclamaciones de la población. Pero el pueblo nicaragüense, dijo, debía advertir que "los asesinos del Frente Sandinista están instruidos y formados por Castro; no son más que peones utilizados por los comunistas para desestabilizar el continente latinoamericano". Lo que ofrecía, si se llegaba a una tregua, era marcharse en 1981, fecha de las próximas elecciones; a cambio de que la oposición se lo pidiera "dentro de las formas debidas". La oposición ni tiene vida legal y, cuando pide algo, se la puede asesinar, como fue el caso del periodista Pedro Joaquín Chamorro, jefe visible de la oposición, muerto en enero pasado, y su muerte fue como una señal para que la oposición se lanzara abiertamente por otros medios. Por los medios de fuerza por los que se la combatía. Nadie puede creer en las elecciones de 1981, aunque Somoza insista en su legalidad: "Los Somoza hemos hecho este trabajo (de cuarenta años de dominio político) dentro de la ley, ganando elecciones, no como Fidel Castro, ni tampoco como el propio Franco, mi amigo, quien nunca se sometió a unas elecciones en España. Nosotros hemos sido elegidos para el cargo que ocupamos".

La observación general concluye que el largo período de Somoza está llegando a su fin. Si no hubiera una política alternativa en los Estados Unidos y si la depuración de Latinoamérica se sigue llevando a cabo, no hay duda de que será así. Pero los incidentes, dentro de este gran contexto, tienen su desarrollo propio, y está en lo posible que Somoza gane todavía esta etapa y permanezca un tiempo más en el poder; como es posible que, finalmente, huya con quien pueda y con lo que pueda. Y aparezca la socialdemocracia, o el populismo, o el neopopulismo, o como se quiera llamar a un régimen que va ganando países y posibilidades, poco a poco, en toda América Latina. ■



se hasta con la derecha, siempre que sea enemiga de Somoza. El resultado es la suma de los empresarios al movimiento actual. Para ellos, quitarse de encima a Somoza pero no caer en un movimiento proletario, estar sostenidos al mismo tiempo por los Estados Unidos y la Internacional Socialista y las socialdemocracias ricas y estables, supone entrar en un experimento donde no tendrán que pagar enormes gabelas a la dinastía del dictador, cederle gran parte

que corrompe y paga: periódicos, senadores y representantes, cadenas de televisión. Muchas fuerzas en los Estados Unidos están disconformes con la política de "human rights" de Carter y con las reconversiones en Latinoamérica: son los que creen que la implantación de sus capitales, la utilización de una mano de obra en salarios de miseria, la dirección de mercados en los que se guían los precios de las materias primas, la explotación de estas materias primas —incluyendo, claro, el petróleo—, no tiene más garantía que la dictadura personal: el imperialismo.

(1) Véase, en el número anterior, el artículo de Fernando González sobre este tema.